

le place. No tiene mas regla que su conciencia, ni mas limite que la consideracion de su propio interes. Si hiere demasiado fuerte, sufre un perjuicio en la carne humana que le está sometida. El negro que ha sido maltratado con demasiada dureza se debilita, ó bien se cubre de cicatrices y ya no se le puede vender ventajosamente, aun cuando se le alimente bien, como se hace de ordinario ántes de la venta.

El castigo mas suave, y es el que se repite diariamente, consiste en golpes aplicados en la mano con la *palmatoria*. Los otros son el grillete, el trabajo en domingo y los *chicotazos*: estos pueden llegar a ciento, sin que por esto se entienda que la liberalidad del amo esté encerrada en este limite. Para estas ejecuciones el negro es amarrado a una escalera de mano que se apoya contra la pared. Los grandes castigos se aplican por partes y segun las circunstancias. Cien chicotazos producen ordinariamente la pérdida de la vida, lo que naturalmente causa grave perjuicio al propietario.

Las penas mas terribles se reservan para la insubordinacion y la rebelion. St\*\*\* nos decia: «¿Qué seria de dos ó tres blancos en medio de centenares de negros rebeldes, si aquellos no tuviesen el ascendiente moral? Más de una vez me he hallado completamente solo en semejantes momentos: me he apoderado de los cabecillas, ó he mandado a los irresolutos y tímidos que se apoderasen de ellos y los amarrasen; y en seguida los he tratado de un modo ejemplar.»

Hay ademas una pena muy dolorosa para los negros demasiado inquietos: es lo que se llama el tronco, a saber: un trozo de madera al que se atan, segun las circunstancias, los piés, la cabeza ó los brazos del paciente, que debe quedar así un dia entero inmóvil, tendido en la tierra pura.

Cuando los esclavos cometen grandes crímenes, sus amos son los que las mas veces sufren la pena. Un matrimonio blanco tenia dos esclavos de cuyo trabajo vivia. Estos degollaron a su amo, y fueron ahorcados. La viuda de la víctima fué condenada a pagar las costas del juicio. De este modo, habiendo perdido a su marido y a sus dos esclavos, pagó los gastos judiciales: cayó en la mendicidad.

En la *fazenda* de St\*\*\* se despierta a los esclavos por medio de

un ruido estridente á las cinco de la mañana. Don K\*\*\*, el administrador, vestido de calzoncillo y pantuflos de madera, descuelga el *chicote* del clavo, toma una expresion tan severa cuanto puede, y baja la escalera a cuyo pié lo espera un negro que se inclina con aire muy respetuoso y lo acompaña. Pasa revista á los negros bajo la galera, y les distribuye el trabajo. En seguida, van los negros de uno en uno á la puerta de la cocina y reciben su racion. Con excepcion del descanso de medio dia, trabajan mientras dura la luz. Segun el cálculo de St\*\*\*, un minuto de ociosidad por ciento veinte esclavos, hace la pérdida de dos horas, y en doce dias la de uno de trabajo.

Despues del trabajo, se les pasa de nuevo revista. Desfilan entonces por delante de la casa del amo; tienden sus manos hácia él saludándole humildemente, diciendo: «*A benção.*» El omnipotente señor extiende la mano derecha como para bendecirlos, y murmura: «*Deos te benção.*» Esta costumbre parece patriarcal: el esclavo pide la bendicion, y el buen amo contesta: «Dios te bendiga.» Solo que el *chicote* afea la ceremonia.

Durante mi permanencia en la *fazenda da Vittoria*, fuí, con arreglo á los principios de hospitalidad de St\*\*\*, el dios del momento. Fuí invitado por él para pronunciar sobre sus esclavos durante el desfile, la fórmula de bendicion; papel que desempeñé de buen grado, y con el patético conveniente. Es esta una liberalidad que no arruina y economiza el dinero que podria gastarse en propinas distribuidas á los esclavos: en mas de una circunstancia es un recurso durante el viaje. En nuestra sociedad acaba por convertirse en proverbio, y la hemos importado á la Europa para servirnos de ella en ciertas circunstancias y respecto de ciertas personas.

Una vez dada la bendicion a los esclavos, que se contentan con esta largueza, hombres, mujeres y niños, vuelven a la puerta de la cocina para recibir tambien el alimento corporal. Cada cual obtiene una racion medida ó pesada, que consiste en carne seca, en *farinha* y en galleta, despues de lo que todo el pueblo negro se dirige á su gran cuartel, dividido en compartimientos a manera de caballeriza. Allí hacen cocer sus alimentos, y la noche les pertenece. Sin dejar de atender a sus negocios de familia, fabrican ca-

nastas y cucharas de coco, escudillas y otros objetos de este género que tienen derecho de vender en su provecho. El domingo, día de reposo para los hombres y para las bestias, pertenece a sus trabajos privados.

Apénas puede la imaginación concebir nada más triste que la existencia de los negros. Su vida es la de los condenados a galeras. Dos cosas sobre todo horrorizan en este doloroso destino. Una es que la cólera y la venganza del omnipotente propietario solo pueden ablandarse por temor de deteriorar su mercancía humana; la otra es, que estas criaturas, que tienen alma, aun cuando se hallen dotadas de todos los talentos y de toda la energía imaginables, jamás podrán aspirar a una condición más elevada, a menos que el capricho del dueño haga un milagro en su favor.

En el Mato Virgem, 17 de Enero de 1860.

Hoy volvimos desde temprano al *Mato*. En los bosques vírgenes, no se trata solo de abrirse un camino entre los árboles, de hacerse una senda en la espesa maleza, de arrancarse de las espinas que retienen a uno, de desembarazarse violentamente de los bejucos que lo lazan, no; también se necesita trepar con manos y pies sobre los troncos de los árboles caídos que obstruyen el camino, ó deslizarse como se pueda por debajo de ellos: unas veces es preciso izarse por las raíces, y otras arrastrarse entre las ramas de los árboles; y nada digo de las aguas en que se sumerge uno, porque esto es más bien un agradable refresco.

En esta región, el bosque presenta tres aspectos diversos: en primer lugar, el *Mato*, propiamente dicho, es decir, una llanura cubierta de árboles gigantes, de otros medianos, y de la exuberante vegetación inferior: ayer lo describí, y tal era la parte que recorrimos hoy al principio de nuestra excursión. Vienen en segundo lugar las profundidades húmedas, en las que a cada paso se encuentran arroyos, estanques y pantanos: allí la vegetación inferior es más que nunca rica hasta la profusión, y sumamente caprichosa: el verde es todavía más brillante, los colores de las flores más vivos que en cualquiera otra parte; los árboles gigantes se levantan con una potencia y una belleza incomparables: enlazados por magníficos bejucos, suben hasta el cielo; pero los media-

nos, que constituyen esa capa que limita la vista, faltan en lo general. En fin, en las alturas formadas por cadenas de colinas, en las que reina la sequedad, la vegetación inferior falta casi completamente; en recompensa, el bosque mediano, apretado como en una empalizada, forma barreras por donde el viajero no puede abrirse camino sino a costa de duras fatigas.

Cada paso nos hacía descubrir nuevas maravillas: nos abríamos paso á través de un mundo de escitamiáceas, de musáceas, de aroides, por entre mil clases de gramíneas, é innumerables especies de árboles verdes hasta hoy desconocidos é innominados, sobre los que subían los filodendrones de hojas caprichosamente cortadas, y de reflejos metálicos. El galaripso apretaba sus nudos al rededor de estos árboles: guirnaldas de bejucos los enlazaban: las bromeliáceas de extraños contornos, y las encantadoras tilandsias se mecían entre sus ramas como nidos de pájaros: algunas palmeras de diversas especies y tamaños atraían también nuestra atención por sus formas simétricas ó por las desagradables punzadas que nos hacían sentir sus lanudos troncos. Flores de orquidea, de un amarillo de oro, esparcidas por el suelo, nos revelaban la presencia de un ejemplar de esta maravillosa planta en las coronas de los árboles gigantes que no podíamos ver.

Avanzábamos por un océano de verdura que presentaba los tintes más diversos: la luz dorada del sol, amortiguada por el follaje, solo nos daba una crepuscular y fantástica claridad. Transportado á regiones desconocidas, lejos de todo lo que había visto hasta entonces, me sentía como embriagado, como sumergido en un delicioso sueño, en el que la naturaleza se me aparecía bajo el aspecto de un jardín encantado. Sin embargo, algunos objetos formaban como un lazo entre este cuadro y mis recuerdos anteriores: eran algunas plantas que conocía, por haberlas visto en nuestros calientes invernáculos, pero que aquí me parecían transfiguradas. En los intervalos que quedaban al rededor de ellas, veía objetos completamente nuevos: las más extrañas y desconocidas formas flotaban como en un océano de tesoros inimaginables, que la vista turbada no podía abarcar, que los sentidos admirados no podían abrazar. Invadía al alma una sensación voluptuosa; pero la impresión era demasiado poderosa y demasiado nueva para que fue-

se posible darse cuenta de los pormenores. Cuando la naturaleza despliega su energía primitiva, y prodiga todos sus tesoros bajo los trópicos, el hombre se siente anonadado, y solo puede atónito admirar.

Habíamos llegado á una pequeña cuesta, en donde el bosque era ménos tupido, cuando oímos un voz ronca, de acento profundo, que partía a intervalos regulares de las cumbres lejanas de la selva. Uno de nuestros compañeros reconoció el grito particular del mono chillon, cuyo tipo se encuentra en todos los bosques primitivos. El acento de este grito participa del quejido y del rugido, y es espantoso durante la noche. Es producido por una conformación singular de la laringe, cuyo aspecto es bastante gracioso en las piezas anatómicas. El poder de este instrumento es extraordinario; su llamada se oye a distancias increíbles.

En general me llamó fuertemente la atención una propiedad característica de las especies de animales que viven en el *Mato*: el sonido de sus voces no está en manera alguna en proporción con el tamaño de sus cuerpos. ¿Quién pensaría, por ejemplo, en buscar el origen de un pitazo semejante a los de los caminos de hierro, en el diminuto y frágil cuerpo de la cigarra? ¿Quién se esperaría de la garganta de una rana, un ruido análogo al de un martillazo sobre el yunque? ¿Quién podría adivinar que es un lindo pajarito el que hace oír el paloteo del telar, ó que el pecho de la araponga, especie de tordo, es el origen de un ruido de fragua que hace vibrar el aire a lo lejos? Verdad es que este fenómeno se explica en parte por la calma extraordinaria de la atmósfera, y por el silencio de muerte que reina en la selva, así como por la atención siempre despierta del curioso viajero cuyos sentidos adquieren una vivacidad del todo nueva.

Cuando llegó el fin del día, se dispuso el campamento, preparándose lo mejor que se pudo un albergue a la *sauvage*.<sup>1</sup> Cada uno de nosotros se entregó a sus gustos para pasar la tarde y gozar de la naturaleza según su fantasía. El botanista, cuyo ardor era infatigable, se puso a trabajar de nuevo para su colección. Se deslizaba por los matorrales, subía a los árboles para alcanzar las

<sup>1</sup> En frances, en el texto alemán.

plantas parásitas, cortaba y derribaba con todas sus fuerzas. El pintor dibujaba con su talento inimitable sus bosquejos tomados del cuadro maravilloso que teníamos por delante. Con una rapidez casi igual a la de la fotografía, reproducía en algunos rasgos la fisonomía de las plantas: era lo bastante para que una persona iniciada en los misterios de la selva virgen, reconociese las formas raras y los caracteres de familias de cada una de las representadas. El cazador, animado por las repetidas apariciones de un pájaro negro, con pico color de oro, que debía ser una especie de mirlo ó de pico, vagaba con la carabina en la mano; pero toda su pena fué perdida. ¿Cómo tirar en semejante selva, que es el parque de la naturaleza, en donde el animal se halla en su dominio, y donde el hombre no es más que un intruso? Todo es protección para el legítimo habitante del *Mato*: en esa espesura vegetal, ni el ojo ni el plomo pueden penetrar: para moverse no se tiene más espacio que el de algunos pasos, y necesario sería que una feliz casualidad se pusiese de parte de uno para hacerle alcanzar el objeto de su afán; después de lo cual todavía se necesitaría otra buena fortuna para hallarlo y apoderarse de él. La caza en estas regiones sería de un grande atractivo, pero también de suma dificultad para un Nemrod.

Adivinábamos que el sol se ponía en los bosques del Oeste, pero no lo veíamos. Levantábase lentamente un vapor dorado: en uno que otro lugar, cuando el follaje lo permitía, veíase que el firmamento se cubría cada vez de más brillantes tintes; la sombra de los matorrales subía por los troncos de los árboles, y por último tomaban el reflejo metálico los colores de los objetos; los últimos rayos se deslizaban por las azuladas hojas de las palmeras, suavemente movidas, y cual aliento moribundo flotaba en el ramaje rosada luz. En fin, la cigarra *ferrocarril* dió su larga y melancólica señal; una luz argentada, último resto del día, se esparció con el fresco sobre el inmenso bosque, y un momento después pudo decirse como en la leyenda del Génesis: «hízose la noche.»

¡La noche en el mundo primitivo! Si semejantes espectáculos tienen en todas partes algo de sublime, aquí su gravedad es arrebatadora, anonadante; una especie de estremecimiento religioso se apodera de uno al representarse el período de la creación en

que ya todo germinaba, florecia, vivía, excepto el hombre y su raza. Léjos de sus semejantes, en un bosque que jamás ha sido profanado, que se extiende sobre todo un continente, el viajero en el momento en que el día le abandona, siente apoderarse de su corazón una ansiedad inexpresable; se halla como perdido; está incierto entre el alegre sentimiento de una libertad sin límites y una inquietud que no podría reprimir.

Uno de nosotros presidió a las disposiciones necesarias para la noche. Preparóse el fuego, proveyéndosele de alimentos, a fin de dar un poco de luz en medio de las tinieblas siniestras del bosque y de alejar las fieras. Amontonóse una gran provision de leña, visitáronse las armas y se repartieron las guardias. El velador tenía el encargo de alimentar el fuego y de dar la alarma en caso de peligro. Teníamos que precavernos contra dos clases de enemigos, las fieras errantes y los indios salvajes.

Nuestra situacion tenia un carácter del todo romántico: era la aventura en toda su flor: mi humor viajero é independiente se hallaba satisfecho. Encendí mi linternilla de viaje para examinar una vez mas nuestro campo; colgué mis armas de un tronco de palmera; me cubrí la cara con mi gorro aleman; me envolví en mi plaid; me eché en mi hamaca aérea y descansé mi cabeza en el cojincillo bordado por la baronesa, objeto de lujo de las familias brasileñas, pues estos cojines las mas veces están forrados de finísima tela, sobre un fondo color de rosa ó azul celeste, y cubiertos de encajes y bordados.

Cerca de mí y abrigados por mí, reposaban el médico y el pintor tendidos sobre mi tapete de la India: los otros se agruparon parte en el rancho y parte al rededor del fuego. El aire de la noche era fresco y benéfico, é invitaba al viajero fatigado á entregarse a las dulzuras del sueño. Me abandoné a alegres ensueños; ya me felicitaba por las dificultades vencidas en el día; ya me regocijaba la idea de esta primer noche pasada victoriosamente en medio de los bosques vírgenes del continente trasatlántico, y mi pensamiento errante recordaba con alegría una noche semejante en que habia dormido en hamaca en la inculta Albania á orillas del mar Adriático. El pasado y el presente flotaban en imágenes caprichosas, cuyos contornos mas y mas inciertos llegaban a des-

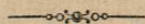
vanecerse en el sueño, cuando resonaron unos acentos sonoros y comenzó el extraño concierto instrumental del bosque virgen.

Los martillazos del infatigable *ferreiro* resonaban como si partiesen de un taller de cíclopes; la perdiz daba su melancólica nota en cadencias rápidas; el sapo gigante llamado en el Brasil *Bufo agua*, lanzaba de lo alto de los árboles su grito poderoso y siniestro, semejante a una evocacion de muertos; el quejido raro del mono-chillon rodaba como un trueno. Todos estos sonidos, a los que todavía se mezclaban otros desconocidos, se unian en la oscuridad para formar un coro gigantesco de susurros, de lamentos; un canto de locas fantasmas, un sábadó de brujas, en el que cada voz se esforzaba por dominar a todas las demás. El bosque entero parecia estar en revolucion; era un estruendo de martillos y de gritos como si las potencias misteriosas de las tinieblas se hiciesen la guerra. ¡Qué angustias semejante concierto no debe causar al viajero que se halla abandonado en la soledad! Para nosotros, retirados con toda seguridad en el rancho, cerca de un fuego flamante, ese coro solemne no era mas que un motivo de placer: yo lo consideraba como una serenata ofrecida a los extranjeros por el Nuevo Mundo. Solo a media noche, cuando el *muto* dejó oír su resonante nota, entró todo repentinamente en calma, como por un golpe dado por el director de una orquesta fantástica: el espantoso concierto cedió su lugar a un silencio de muerte, para volver a empezar al llamamiento del *muto* una hora ántes de la salida del sol. Llenos de confianza en el fiel guarda que velaba por nosotros, gozamos de algunas horas de delicioso sueño.

En el Mato Virgem, 18 de Enero de 1860.

No habíamos abandonado el *Mato virgem*. Nos hallábamos entre amigos formando un pequeño círculo, en el que reinaba la concordia: pacíficamente instalados en el seno de la opulenta naturaleza, nos entregábamos a las mas agradables y alegres conversaciones. Ya se trataba de la selva virgen y de la vida que en ella se pasa; ya las imaginaciones, franqueando la vasta extension del mar, invocaban los risueños recuerdos del país natal doblemente agradables a semejante distancia y en tan profunda soledad. Las recientes fatigas solo se nos representaban bajo su aspecto divertido.

El día pasó en explorar de nuevo el bosque. Por fin llegó la tarde con sus admirables matices, su atmósfera balsámica y su calma fortificante. Con mi álbum en la mano me paseé por aquella vegetación exuberante y soberbia siguiendo el curso de un tranquilo arroyo. Contemplaba las bellezas de la creación en sus maravillosos pormenores y su imponente conjunto: estaba como abismado en un mudo éxtasis: dulce satisfacción penetraba mi corazón agradecido: él se abría por entero á las gracias de la naturaleza que se manifestaba a mí en todo su poder primitivo, en sus mas secretos atractivos y en su esplendor triunfante. El sentimiento de apacible felicidad que me llenaba, trataba de traducirse en palabras que tomaron la forma de un pequeño poema, débil eco del ritmo poderoso de la naturaleza en sus flores. Por poco que un hombre posea en sí una chispa de poesía, es imposible que en este mundo inmenso del *Mato*, no sienta bullir la fuente de los cantos y brotar con nueva abundancia. Así como en los campos dorados de la Italia, como en los Alpes ó en las montañas de la Grecia cubiertas de vapor azul, ó como sobre las llanuras sin límites del mar, lo que despliega aquí a nuestra vista la obra divina arrastra invenciblemente a la poesía. El bosque vírgen mereciera hallar un cantor de genio, como lo era Lenau, poeta tan prematuramente arrebatado al mundo; pues solo la amplitud de la lengua de los versos podría hacer adivinar bellezas que el pincel del mas hábil pintor, embarazado por la riqueza de las imágenes, no podría reproducir dignamente.



# A FORISMOS

## CAPÍTULO SEXTO

1851-1862

Enero 14 de 1851.

No es bueno contemplar muy de cerca a los grandes hombres: mientras más nos aproximamos a la luz, mayor es la oscuridad de las sombras, y cuando llegamos a acostumbrarnos a aquella, acaba por no deslumbrarnos ya.

Enero 28 de 1852.

¿Por qué se alaba de fieles a los perros? porque se arrastran y se dejan apalear; ¡y el hombre gusta tanto de hacer sufrir y ver arrastrarse!

Febrero 20 de 1852.

En la mesa, entre personas de buena educación, tiene grandes ventajas el último lugar: se come sin ser visto, y por las miradas recíprocas de los otros convidados, se descubre cuáles son los bocados mas grandes y mejores.

Marzo 9 de 1852.

La vida no es más que un olvido perpétuo.